



**Carta a los fieles de la Archidiócesis
de Mérida-Badajoz
con motivo de la Jornada eclesial
"Pro orantibus"**

Domingo 18 de mayo de 2008

Queridos fieles cristianos consagrados y seculares:

Os escribo con preocupación y esperanza al mismo tiempo. Ni la preocupación me lleva al pesimismo, ni la esperanza me permite reducir el empeño de velar por la vida consagrada.

1. Hoy quiero invitaros muy especialmente a orar por las vocaciones a la vida contemplativa que tiene su santuario en los Monasterios de clausura. Nuestra plegaria debe tener presentes a los monjes ya las monjas que dedican su vida a la oración y al trabajo en el retiro del Claustro. Su vida, posiblemente extraña para quienes andan agitados por la dispersión y las prisas tan frecuentes en este mundo, es un precioso don del Señor para la Iglesia y para cada uno de los cristianos.

Dedicados a la meditación de los Misterios del Señor, los monjes y las monjas, alejados del ruido callejero y de los afanes terrenos, descubren y saborean de un modo singular la grandeza de Dios. Así pueden comprender, como dice S. Pablo, "la anchura, la longitud, la altura y la profundidad del amor de Cristo; un amor que supera todo conocimiento y que nos llena de la plenitud misma de Dios" (Efr. 3, 18-19)

2. Si pensáramos que la meditación de los Misterios de Dios corresponde en exclusiva a quienes viven retirados de los ruidos del mundo, y que sólo a ellos está reservado gustar de la intimidad con el Señor, estaríamos muy equivocados.

S. Pablo escribe a los cristianos de Éfeso, que ciertamente no eran monjes, y les desea que Cristo habite por la fe en sus corazones, y que vivan arraigados y fundamentados en su amor, de tal modo que puedan penetrar en las profundidades de su inmensidad. La grandeza de Dios y su infinita magnanimidad se manifiesta en la creación y en la sabia, constante y amorosa providencia que nos acompaña de por vida; y se vuelca plenamente en favor nuestro redimiéndonos del pecado, abriéndonos las puertas del Cielo, y permaneciendo sacramentalmente entre nosotros hasta el fin del mundo.

Por ello, todos los cristianos necesitamos conocer los Misterios de Dios manifestados por Jesucristo. Y todos los cristianos debemos corresponder al amor divino abriendo nuestro corazón a la presencia y a la acción del Espíritu Santo. Por la divina gracia con que nos enriquece el Señor mediante los Sacramentos, llegamos a ser en verdad templos vivos de Dios y morada del Espíritu Santo (cf. 1 Cor 3, 16).

3. Conocer a Dios y reconocer su amor y magnanimidad hacia nosotros es deber y tarea que requiere atención a su palabra y acercamiento a Él por la oración y por la participación en la sagrada Liturgia. Incluso quienes estamos llamados a vivir en medio del mundo dedicando la mayor parte del tiempo a la acción, debemos dedicar algún tiempo a la contemplación. La santa Madre Iglesia nos invita encarecidamente a ello a lo largo del Año Litúrgico llegando incluso a establecer como precepto la celebración del Domingo y la dedicación al Señor de algunos otros días especialmente festivos. En ellos debemos ofrecer a Dios la atención que merece porque Él es el autor de nuestra vida, del tiempo, del amor, de cuanto está a nuestra disposición en el mundo, de nuestra libertad, y de nuestra ansiada felicidad.

4. Pero no cabe duda de que, salvo excepciones, la intensidad de la contemplación y de la oración que permiten descubrir, admirar y adorar a Dios, y la práctica asidua de ellas como la principal dedicación en esta vida, requiere la serenidad, el silencio y el plan de

vida propios de la soledad, de la paz y del ambiente que se disfrutaban en el interior de los Monasterios. El mismo trabajo con el que los monjes y las monjas con ganan su propio sustente dedicando buena parte de la jornada cotidiana, reúne las condiciones propicias para mantener la elevación del espíritu a las alturas de la mística y para cultivar la fidelidad en la sacrificada entrega personal saboreando las delicias del amor de Dios.

Los hombres y mujeres que se consagran exclusivamente al Señor aceptando su llamada a vivir en la austeridad personal, en la ascesis propia de la vida monacal, en la permanente contemplación y en la oración constante por la Iglesia y por cuantos vivimos en medio del mundo, realizan una acción imprescindible, de suma importancia y de espacialísima urgencia. De ella todos nos beneficiamos aun sin percibirlo.

5. Las almas entregadas a la contemplación ya la oración prolongan durante la historia la plegaria de Cristo al Padre al terminar la última Cena: "Padre, no te pido que los saques del mundo, sino que los defiendas del maligno..... Haz que ellos sean completamente tuyos por medio de la Verdad; tu palabra es la verdad"...Padre, lo mismo que tu estás en mí y yo en ti, que también ellos estén unidos a nosotros; de este modo el mundo podrá creer que tú me has enviado (Jn. 17, 15.17.21).

Los hombres y mujeres que han respondido a la vocación divina y han asumido vivir su condición cristiana en el monasterio, aportan a la Iglesia el necesario equilibrio entre la contemplación y la acción, tan necesario para que brille la luz de Cristo en medio del mundo.

Con el testimonio de su vida, los monjes y las monjas ejercen el delicado y precioso apostolado que manifiesta a los hombres y mujeres, en los distintos momentos y lugares, el amor sobrenatural que llena el alma y que se encuentra y se cultiva en la intimidad esponsal del alma con Cristo. El santo poeta y místico Juan de la Cruz nos lo enseña y propone con estas palabras tan enjundiosas como breves: "Olvido de lo cread; memoria del creado;, atención al interior, y estarse amando al amado" .

6. Es un exquisito regalo de Dios para quienes andamos ocupados en los diversos y urgentes quehaceres, muchas veces desconcertantes, que nos exige el propio ministerio, observar la vida monacal y compartir con los hombres y mujeres dedicados a la contemplación y a la oración, la experiencia profunda del amor de Dios y de la apacible intimidad con Él. Por eso es muy saludable adentrarnos en sus escritos y prestar humilde atención a sus palabras en sencilla conversación con ellos.

¡Cuánto bien pueden hacernos quienes cada día miran a Dios desde el corazón, le abren el alma como espacio de encuentro personal e íntimo, y le hablan de nuestras necesidades, de nuestros buenos deseos, de nuestras debilidades y de nuestros renovados propósitos!

¡Cuánto bien nos hacen quienes, en súplica humilde y confiada, van poniendo ante el Señor a las familias, a los jóvenes, a los enfermos y ancianos, a los gobernantes, a los educadores, a los obreros y empresarios, a quienes se debaten entre la fe y la duda, ya quienes, estando lejos de Dios y aun sin saberlo, le buscan con sincero corazón!

7. Es muy importante, pues, que por amor a la Iglesia, por cristiana fraternidad con todos, por gratitud a Dios que reparte las diversas vocaciones y carismas para el bien de

todos, y por un sentido fundamental de corresponsabilidad eclesial, oremos por las almas que consagraron su vida al Señor en el silencio del claustro.

Pidamos al Señor que regale a las almas contemplativas el gozo de la experiencia divina, la sagrada intimidad a la que han sido llamadas, y la profunda convicción de que su vida es, por encima de toda posible apariencia contraria, enormemente fecunda y plenamente útil para gloria de Dios, para bien de la Iglesia y para la salvación y transformación del mundo.

Debemos pedir al Señor, con insistencia, con fe y con esperanza, que despierte los corazones de los jóvenes a quienes ha elegido para este dignísimo estilo de vida. Que se dispongan a escuchar la llamada y a corresponder generosamente a esta distinción divina.

La Iglesia nos convoca, especialmente en la fiesta de la Santísima Trinidad, a considerar la dignidad y la grandeza de la vida monacal, a dar gracias a Dios porque ha enriquecido a la Iglesia con este bendito carisma, y a orar por quienes recibieron esta vocación, para que respondan a su llamada y para que permanezcan fieles y felices los que ya escucharon y siguieron la voz del Señor.

+ Santiago. Arzobispo de Mérida-Badajoz